

ricano quedó herido é inutilizado por algunos meses.

Al terminar la relacion de la campaña del Sur en 1780, no olvidaremos hacer mencion honorífica de las heróicas madres, esposas é hijas de aquellos Estados. Las mujeres de la Carolina que se vanagloriaban de que se las llamase *señoras rebeldes*, no querian asistir á las diversiones públicas; complaciáanse en honrar á sus conciudadanos, en consolar á los heridos y visitar á los enfermos. Las hermanas escitaban á sus hermanos á luchar por la libertad; la madre buscaba armas para su hijo, la esposa para su marido, y sus palabras de despedida eran siempre las siguientes: «Preferid la prision á la infamia y la muerte al servilismo.»

En todo el pais desplegaron las mujeres igual celo y actividad, especialmente en lo tocante á proporcionar ropa á los soldados. En Philadelphia se formó una sociedad dirigida por Marta Washington, mujer del comandante en jefe, señora tan prudente en su vida privada como lo era su esposo en los asuntos públicos; y cuyas relevantes cualidades y caritativos sentimientos corrian parejas con su patriotismo. Mrs. Washington, Mrs. Reed y Mrs. Bache, hija del Dr. Franklin, con otras señoritas que habian formado la sociedad, se suscribieron por considerables sumas para socorrer á los que lo necesitaban, y agotados sus recursos, usaron de toda su influencia y fueron de casa en casa en busca de nuevos auxilios.

Puesto que á fin de continuar sin interrupcion alguna el hilo de nuestra historia, hemos hablado de las operaciones en el Sur á fines de 1780, pasemos ahora á los Estados del Norte, donde durante dicho año ocurrieron sucesos de momentánea importancia.

Aunque no le era dable á Washington aco-

meter ninguna gran empresa á causa de la falta de víveres para las tropas, no por esto permaneció ocioso, y suponiendo que el puesto militar de la isla de Staten podria ser atacado con probabilidades de éxito, destacó el 14 de enero á Lord Stirling, confiándole el mando de una expedicion **1780.** compuesta de dos mil quinientos hombres. El jefe inglés no obstante estaba alerta y despues de dar la voz de alarma á fin de que se reuniesen todas las fuerzas disponibles, envió un parte á Nueva-York pidiendo auxilio. Despues de algunas ligeras escaramuzas y como vieran los americanos que no podrian obtener resultado alguno, con tanta mas razon cuanto que de un momento á otro debian llegar refuerzos de Nueva-York, emprendieron la retirada, que se efectuó sin sufrir pérdidas considerables, pero á causa del rigor de la estacion y la falta de ropa de abrigo, padecieron mucho algunos soldados.

El valor del papel moneda iba bajando cada vez mas, resultando de esto no pocos contratiempos y apuros que llegaron á su colmo en 1780. Los oficiales del regimiento de Jersey se quejaron enérgicamente á la legislatura de su Estado por la deplorable situacion á que se veian reducidos, llegando hasta el punto de declarar que, «á menos que se pusiese un pronto remedio, era inevitable la completa disolucion del cuerpo.» Los soldados estaban tambien muy descontentos á causa de las continuas privaciones que sufrían, y fué necesaria toda la influencia de Washington para impedir que no se marchasen los oficiales y no se amotinasen las tropas.

Inducido probablemente por la noticia de este hecho y suponiendo que seria fácil escitar á las tropas americanas á que desertasen de sus banderas y á que el pueblo abandonara la causa de la libertad, el general

Knyphausen salió de la isla de Staten á principios de junio á la cabeza de **1780.** cinco mil hombres, y pasando por Elizabethtown, detúvose en Connecticut Farms, donde los ingleses mataron á Mrs. Caldwell, esposa del ministro presbiteriano, despues de lo cual destruyeron el pueblo y se retiraron al ver que se iba reuniendo la milicia al mando del general Maxwell. Hubo sin embargo algunas escaramuzas, especialmente en Springfield, mas el enemigo continuó su retirada á la isla de Staten sin mas contratiempo. El objeto de aquella expedicion no se comprendió claramente, pues tanto podia ser para llamar la atencion de Washington hácia aquel punto y atacar á Highlands, como para apoderarse de los almacenes militares de Morristown. El comandante en jefe no obstante se preparó para cualquiera eventualidad, resolviendo no perder de vista los movimientos de Clinton.

Los primeros meses del año se pasaron en aquellas insignificantes operaciones, y si bien los desastres del Sur no desanimaron á los Estados del Norte, la debilidad é insuficiencia del gobierno y la depreciacion del papel moneda obligaron á Washington á mantenerse á la defensiva y á no intentar cosa alguna.

Hácia fines de agosto llegó Lafayette á Boston, procedente de Francia, trayendo la agradable noticia de que podian esperarse socorros que iban á llegar muy pronto á la costa de los Estados-Unidos (*). Esto sirvió para que por algun tiempo despertaran los americanos del letargo en que se hallaban sumidos; pidióse á los diversos Estados con

(*) Era tan grande el entusiasmo de Lafayette por su pais adoptivo, que el primer ministro francés, conde de Maurepas, dijo un dia irónicamente en el Consejo: «Es una fortuna para el rey que á Lafayette no se le antoje despojar á Versalles de su mueblaje y adornos para enviárselos á

la mayor eficacia que enviasen hombres y dinero, y Washington recurrió á su pluma con buenos resultados para obtener algunos otros auxilios con que atender á las urgencias y necesidades del momento. A pesar de que las resoluciones del Congreso se cumplieron con lentitud, no dejaron los Estados de facilitar sus contingentes, y se esperaba que pronto estarian las tropas dispuestas á entrar en servicio.

Washington, sin embargo, con esa perspicacia que le distinguia y previendo que si predominaban los sistemas del Estado, podrian perjudicar á la causa nacional, escribió á un miembro del Congreso diciéndole entre otras cosas lo que sigue: «A menos que el Congreso obre mas resueltamente, y si los diversos Estados no le revisten de los suficientes poderes para llevar á cabo los grandes objetos de la guerra, induciendo á unos y otros á proceder con mas energía que hasta aquí, nuestra causa está perdida, pues ya no es posible continuar bajo el mismo pié que antes. Por no adoptar oportunamente ciertas medidas, ó por el retraso con que se llevan á efecto, incurrimos en gastos enormes sin obtener el mas mínimo beneficio. Mientras un Estado cumplimenta una orden del Congreso, otro la olvida, un tercero la ejecuta á medias y todos ellos difieren en la forma, en el método ó en la aplicacion de los medios; y mientras se proceda de este modo, sin aplicar un sistema constante, no podremos sacar la menor ventaja ni de nuestros recursos ni de los esfuerzos que hagamos. Esto, amigo mio, es hablar claramente á un miembro del Congreso, pero mi len-

sus queridos americanos, pues S. M. no podria negarle la demanda.» No contento el marqués con enviar públicamente socorros á su patria adoptiva, gastaba generosamente considerables sumas de su fortuna particular para comprar espadas y asignar sueldos á los que servian bajo sus órdenes.

guaje, á la par que amistoso, es el de la verdad, es el resultado de maduras reflexiones y de una continua observacion. Yo veo una cabeza que vacila y que no sabe dirigir como debiera; veo un ejército que se subdivide en trece partes, y veo en fin que en vez de considerarse al Congreso como el poder supremo de los Estados-Unidos, cada cual se juzga solo dependiente de su respectivo Estado. En una palabra, la autoridad del Congreso se va debilitando de tal modo que pronto dejará de inspirar el respeto que se le debe como al gran cuerpo representante de América, y yo temo las consecuencias que de ello puedan resultar.»

En medio de tantos contratiempos obteníase algun alivio con los recursos particulares. Cuando el Congreso no pudo disponer de dinero ni de crédito, los ciudadanos de Philadelphia formaron una sociedad con el objeto de socorrer á los pobres soldados, y en pocos dias recogieron por suscripcion trescientos mil duros, que fueron un gran beneficio en aquellas apuradas circunstancias. A pesar de esto, escaseaban mucho las camisas para la tropa, y Washington, despues de expresar su sentimiento por ello, manifestó que esperaba que los soldados y oficiales no se verian en aquella triste situacion cuando se reunieran con sus aliados los franceses.

«¿Hubiera nadie imaginado, como dice muy bien Botta, que en el mismo momento en que un ejército victorioso amenazaba aun la existencia de la república no se contentasen nuestros padres con ofrecer su sangre y sus tesoros para defenderla? En medio del estruendo de las armas dedicáronse á promover el estudio de la filosofia, de las ciencias y de las artes, reflexionando que sin el auxilio de estas luces la guerra tiende directamente al barbarismo y no se puede disfrutar siempre de las dulzuras de la paz. Al

fijar su atencion en tan noble tarea, nuestros padres no atendieron solo á las ventajas y beneficios que redundarian para su patria, sino que quisieron demostrar tambien, tanto en el pais como fuera, que despreciaban el peligro y que tenian plena confianza en el buen éxito de su causa. Tales fueron las consideraciones que indujeron á la legislatura de Massachusetts á decretar la incorporacion de la Academia americana de artes y ciencias, cuyos estatutos correspondian á la importancia de la institucion. Su objeto era principalmente facilitar y promover el estudio de las antigüedades y de la historia natural de América; averiguar qué aplicacion tenian sus productos nativos; hacer descubrimientos en la medicina, investigaciones en las matemáticas, experimentos en la fisica y observaciones en la astronomia. No se descuidó tampoco el estudio de la metereología, de la geografia, de la agricultura, de las artes, de la fabricacion y del comercio, y en una palabra, la Academia se propuso cultivar todos los ramos del saber humano que segun el propio lenguaje de aquella, «pudieran ser útiles para el progreso, los intereses, el honor y la felicidad de un pueblo libre, independiente y virtuoso.»

El verano estaba muy adelantado, y no sabiendo aun Washington de qué fuerzas podria disponer para comenzar las operaciones, escribió una carta al Congreso manifestando sus dudas. Hé aquí su contenido: «Ha llegado la estacion en que debe arribar de un momento á otro la flota, y sin embargo no me es posible aun formar mis planes para cooperar con aquella, y si ahora llegara por otra parte el socorro de nuestros aliados, me veria en la mas embarazosa situacion que nadie se puede figurar. Tan pronto como se aproximen á nuestra costa el general y el almirante me pedirán el plan de las opera-

ciones que han de emprenderse, pues en realidad debe haber uno formado, pero en el caso presente ni aun puedo conjeturar lo que haremos. Estas consideraciones me indujeron ayer á escribir al Comité (*) manifestándole lo indispensable que era dirigirse de nuevo á los Estados á fin de que informen inmediatamente acerca de las medidas por ellos tomadas y el resultado obtenido. El interés de los Estados, la honra y reputacion de nuestros consejos, la justicia y gratitud que debemos á los que se aliaron con nosotros, exigen que sin la menor dilacion se les comunique lo que podremos hacer. Esto es un punto sobre el cual debe resolverse inmediatamente, porque de él dependen todas nuestras futuras operaciones. Yo no puedo determinar nada por temor de que la flota y el ejército sufran contratiempos que es preciso evitar en lo posible, y por lo tanto me veo obligado á suspender mi resolucion por mas que esto nos perjudique.»

El dia 10 de julio llegó á Newport la escuadra francesa mandada por el caballero de Ternay y el ejército á las órdenes del conde de Rochambeau, cuyas fuerzas se pusieron á disposicion de Washington, ordenándose á las tropas aliadas que diesen la preferencia á los americanos á fin de evitar las enojosas cuestiones que pudieran suscitarse entre una y otra parte. Arreglado este punto y siendo el mayor deseo de Washington atacar á Nueva-York con las fuerzas combinadas, proyectó un plan del que dió cuenta á Lafayette para que lo pusiese en conocimiento del gefe francés, siendo la base de aquel que á principios de agosto se reunieran las tropas francesas con el ejército

(*) Un Comité del Congreso, del que era miembro el general Schuyler, empleó dos ó tres meses en aquella época en adoptar medidas para facilitar los auxilios que con tanta urgencia se necesitaban.

americano en Morristown, despues de lo cual marcharian todas las fuerzas unidas sobre dicha ciudad. Esto sin embargo no se llevó á efecto por haber llegado el almirante Graves á reforzar la escuadra inglesa que estaba en Nueva-York, lo cual privaba á los franceses de la superioridad numérica tan esencial para llevar á cabo el plan propuesto.

Entre tanto los ingleses habian resuelto atacar al enemigo en Newport, y al efecto embarcó Clinton unos ocho mil hombres escogidos para que cooperasen con la flota al atacar á las tropas francesas que habia en Rhode-Island, pero temiendo el jefe inglés que entre tanto Washington cayera sobre Nueva-York, no quiso pasar de Huntington Bay, en Long-Island, y se volvió inmediatamente á la ciudad. La flota francesa se vió entonces bloqueada y no le fué por lo tanto posible prestar auxilio alguno á los americanos, mas abrigábanse esperanzas de que llegaran pronto varios buques de las Indias al mando del conde de Guichen, con cuyo refuerzo serian numéricamente superiores las fuerzas de los aliados y podrian ya atacar á Nueva-York. Cuando mas se confiaba en recibir dicho auxilio y se hacian preparativos para obrar de concierto con los franceses, recibióse la noticia de que el conde de Guichen acababa de hacerse á la vela para Francia, lo cual fué un motivo de grave disgusto para los americanos.

Sin embargo, resuelto Washington á llevar á cabo su plan y atacar á Nueva-York á la primera oportunidad favorable, se puso en comunicacion con los jefes aliados y celebró con ellos una conferencia en Hartford el dia 21 de setiembre. La llegada del almirante Rodney á la costa de América poco tiempo despues, con una flota compuesta de once buques de línea, desconcertó de nuevo todos los planes de los aliados,

y Washington vió con profundo sentimiento que iban frustrándose todos sus proyectos en la campaña de 1780, con la cual había esperado terminar felizmente la guerra. Esto le indujo á escribir á un amigo en los siguientes términos: «Estamos terminando una campaña en que nada se ha hecho absolutamente aun cuando al principio pareció que seria posible obtener resultados muy favorables. Yo confiaba, aunque en vano, que se presentaria al fin una oportunidad para terminar de una vez mis servicios en el ejército y volver á la vida doméstica, mas esto no es posible por ahora. La favorable disposicion de España, los prometidos socorros de Francia, las fuerzas combinadas de la India Occidental, la declaracion de Rusia, aceptada por otras potencias de Europa, humillando el orgullo naval de la Gran Bretaña; la superioridad de Francia y España por mar en Europa, las reclamaciones de Irlanda y por último los disturbios de Inglaterra, formaban un conjunto no muy susceptible de dorados sueños, haciéndome creer no estaba lejos la hora de la libertad, pues por mas que la Gran Bretaña se hubiese resistido, ya no estaria en su poder continuar la lucha. ¡Pero ay! esas halagüeñas ilusiones acaban de desvanecerse y no veo ante nosotros mas que calamidades. Hemos estado la mitad del tiempo sin provisiones, y aun es probable que sigamos así; no tenemos almacenes militares ni dinero para comprarlos; hemos vivido con recursos de que ya no podemos echar mano, y en una palabra, la historia de la guerra es una historia de falsas esperanzas, y es en vano mirar atrás ni tampoco debemos hacerlo. Nuestra causa no es desesperada si existe la virtud en el pueblo y hay sabiduría en nuestros hombres de gobierno, pero suponer que esta gran revolucion pue-

da llevarse á cabo sin un ejército permanente, que este pueda subsistir con los auxilios que faciliten los Estados, y que el impuesto solo bastará para satisfacer nuestras necesidades, es en mi concepto un absurdo.»

Mientras que Washington y nuestros patrióticos padres luchaban con aquellos contratiempos y duras pruebas, vino á sembrar el espanto y el asombro en todo el pais la noticia de haberse descubierto providencialmente un vasto plan de conspiracion que en el caso de haberse realizado hubiera podido ser fatal á la causa de la libertad. BENEDICTO ARNOLD fué el hombre que se vendió al enemigo, y sobre Benedicto Arnold recayó para siempre un eterno padron de infamia é ignominia (*).

Arnold, era muy apreciado en el pais, merecia la confianza de todos, y por su intrepidez y valor temerario era tambien muy conocido entre los oficiales de América. Su romántica expedicion al Canadá, su combate naval en el lago Champlain, y especialmente su última hazaña en Behmst's Heights le habian cubierto de gloria, pero inhabilitado para el servicio activo á consecuencia de una herida que recibiera en su último combate, habíasele nombrado comandante de las tropas en Philadelphia, donde siendo uno de los jefes de la ciudad, habíase establecido en la casa de Penn, que amuebló con espléndida magnificencia. Halagada por aquella ostentacion de riqueza, y seducida por el brillo de su posicion, Miss Shippen, una jóven señorita de diez y ocho años, hija de Mr. Eduardo Shippen, de Philadelphia, escuchó las amorosas protestas de Ar-

(*) Al confeccionar nuestra narracion, hemos consultado cuidadosamente la *Vida y traicion de Benedicto Arnold*, por Mr. Spark, vol. III, de la libreria de la Biografía Americana.

nold, y despues de unas relaciones que duraron muy poco tiempo, aceptóle por esposo. La munificencia de Arnold, su mesa, sus bailes, sus conciertos y sus banquetes hubieran agotado una fortuna mucho mayor que la suya, y no pudiendo costear tantas extravagancias, tuvo que dedicarse al comercio y á la piratería. Pero sus especulaciones fueron desgraciadas: acumuláronse sus deudas, sus acreedores le atormentaron sin cesar, y aunque su orgullosa arrogancia se revolviere contra semejantes contratiempos, no quiso disminuir en nada su régia ostentacion, y hubo de recurrir á ciertos medios que le desacreditaban en el mas alto grado como oficial y como hombre (*). El presidente y Consejo de Pennsylvania presentaron contra Arnold graves acusaciones que fueron transmitidas á un tribunal, y este le sentenció á ser reprendido públicamente por el comandante en jefe, que con enérgica dignidad y delicadeza cumplió este enojoso encargo. Hé aquí algunas de sus palabras. «Nuestro servicio es el mas exigente y severo de todos, pues aun la sombra de una falta basta para empañar el lustre de la mas acrisolada gloria. La mas mínima inadvertencia puede robarnos el favor público, tan difícil de adquirir, y yo os repréndo ahora por haber olvidado que á medida que os haciais formidable para nuestros enemigos, debisteis guardar la conveniente moderacion y consideraciones

hacia vuestros compatriotas. Mostrad de nuevo esas nobles cualidades que os han colocado en la lista de nuestros mas valerosos jefes, y yo mismo os facilitaré en

(*) «Me inclino á creer que Arnold fué un pícaro consumado desde su primera juventud hasta que murió, y no me parece que profesara un verdadero afecto á la causa de los Whigs. Se batió como un simple aventurero, mas que por otra cosa, por el deseo de lucrarse apoderándose del botín del enemigo.»

Americanos Realistas, de Sabine, pág. 131.

cuanto me sea posible oportunidades, para que recobreis el aprecio y la estimacion de vuestro pais.» El rubor debió abrasar las mejillas de Arnold en aquellos momentos en que ya pensaba ser traidor á la causa de su patria.

Para un hombre de violentas pasiones como Arnold, rebajado á los ojos de sus compañeros por fundadas sospechas de faltar á su honradez y dignidad, acosado de deudas y sin medios para arreglar sus asuntos y proseguir con sus viciosas extravagancias, debia ser muy poderosa la tentacion. La venganza estaba en su mano, el oro le brindaba con una perspectiva de placeres, las arcas de Inglaterra se abririan para él y su traicion se pagaria seguramente á un elevado precio. Arnold no pudo resistir: comunicó sus culpables intenciones en una carta dirigida al coronel Robinson, que inmediatamente las trasladó á Sir Enrique Clinton, y por espacio de un año, antes de que se consumara la traicion, Arnold mantuvo una correspondencia secreta con el Mayor André, ayudante general del ejército inglés. Debe advertirse que ambos se firmaban con los nombres supuestos de Gustavo y Anderson.

Además de una considerable suma de dinero, prometiése á Arnold un grado en el ejército inglés igual al que ya tenia, y él en cambio ofreció prestar á la Gran Bretaña algun señalado servicio. Nada podia ser tan importante como entregar á West Point al enemigo, y Arnold se convino en hacerlo: si lo hubiese logrado, esto habria sido un golpe mortal para la libertad de América. Aparentando que le disgustaba seguir viviendo en Philadelphia, Arnold alegó que deseaba entrar de nuevo en el servicio activo, y en su consecuencia obtuvo el mando de West Point y de todas las fuerzas acantonadas en aquel distrito. A principios de agosto llegó al pun-

to de su destino y desde entonces espío el momento de llevar á cabo su traicion, que consistia no solo en entregar la fortaleza al enemigo sino tambien en repartir las fuerzas por los alrededores, de modo que Clinton pudiera caer sobre ellas por sorpresa y cortarles la retirada.

La ausencia del comandante en jefe, que habia ido á Hartford para conferenciar con los oficiales franceses, pareció la ocasion mas propicia para llevar á efecto el plan, y en su consecuencia el *Buitre*, corbeta de guerra que esperaba en el Hudson, ancló en Haverstraw Bay, á unas seis millas mas abajo de King's Ferry, y el Mayor André desembarcó para avistarse con Arnold y acordar las medidas que debian adoptarse. Aquellos dos hombres se reunieron á eso de media noche y estuvieron conferenciando algunas horas, hasta que André, instado por Arnold á que le acompañase hasta la casa de Joshua H. Smith, accedió aunque con repugnancia, y montando en un caballo que le trajo su criado, atravesó con su compañero las líneas americanas sin detenerse hasta llegar á la casa de Smith, donde se pasó toda la mañana completando el plan de la traicion. Arnold entregó á su cómplice una nota exacta de las fuerzas que habia en West Point, dióle asimismo un pase para la vuelta con el nombre de Anderson, y luego se marchó á su cuartel general de Robinson, situado frente á West Point.

Entre tanto André, muy inquieto por la situacion en que se habia colocado, deseaba volver cuanto antes á bordo del *Buitre*, pero este buque tuvo que alejarse un poco algunas horas antes, porque el enemigo le hacia fuego desde la orilla, y por lo tanto André no encontró el bote que debia conducirle á bordo. No quedaba pues otra alternativa que volver por tierra, y habiendo sustituido su unifor-

me por un traje de ciudadano, sobre el cual se puso un gaban oscuro, y acompañado de Smith, púsose en marcha antes de ocultarse el sol, cruzó el rio entre King's Ferry y Verplanck's Point, y como ya estaba oscuro, dirigióse por el camino que conduce á Nueva-York. En todos los puntos avanzados detuvieronles los centinelas, y el pase de André fué escrupulosamente examinado por el capitán Boyd, quien le dirigió numerosas preguntas, mas al fin, con gran satisfaccion de Arnold, vióse éste libre, si bien se le aconsejó no continuara su camino hasta el dia siguiente si queria evitar un encuentro con los merodeadores que infestaban el *terreno neutral*. Al oír esto, espuso Smith que seria mas conveniente pasar la noche á donde estaban, á lo cual no accedió André sino despues de repetidas instancias. El primero declaró luego que André habia pasado la noche muy inquieto y desazonado. Al romper el dia pusiéronse de nuevo en marcha, y entonces el jóven oficial, considerándose ya fuera de peligro, recobró su ánimo, detúvose un momento para almorzar, despidióse de su compañero y continuó su viaje solo hácia Nueva-York.

A eso de las diez de la mañana del 23 de setiembre, cuando André atravesaba el *terreno neutral*, que era un espacio que comprendia unas treinta millas de estension á lo largo del Hudson, entre las líneas americanas y las inglesas, y hallándose solo á media milla de Tarrytown, presentáronsele de improviso tres individuos armados de la milicia, quienes deteniendo á su caballo por la brida le preguntaron á dónde iba. Creyéndose entre amigos André, contestó:—«Supongo que sois de la partida.—¿Qué partida? preguntaron los hombres.—La de allá abajo, replicó André.» Habiéndole contestado afirmativamente, André se dió á conocer como oficial inglés y

dijo estar encargado de un servicio de la mayor urgencia; pero comprendiendo al momento en la torpeza que acababa de incurrir, enseñó el pase de Arnold é insistió para que no le detuvieran un momento mas. Aquellos tres hombres llamados Juan Paulding, David Williams é Isaac Van Wart, rehusaron acceder á la demanda, y obligando al oficial á bajar del caballo lleváronle á unos matorrales para proceder al registro de su persona, y habiéndole quitado las botas y los calcetines, encontraron entre la suela de aquellas los papeles escritos por Arnold respecto á West Point, sus medios de defensa, el número de tropas, etc. André ofreció á los tres hombres grandes sumas de dinero si querian dejarle libre, pero afortunadamente para la causa de nuestro pais, rechazaron las brillantes ofertas de André, que pocas horas despues fué entregado al teniente coronel Jameson, jefe del puesto militar de North Castle (*).

Asombrado el oficial al ver los papeles, pareció perder su natural sagacidad y prudencia, y por mas que tuviera ante los ojos una prueba palpable de la infamia de Arnold, Jameson escribió una nota y resolvió enviar al prisionero inmediatamente al mismo traidor. Al mismo tiempo, sin embargo, ocurrióle felizmente despachar un mensajero para que entregara los papeles al comandan-

(*) El dia 3 de noviembre se dictó el siguiente acuerdo: «El Congreso ha formado el mas alto concepto de la virtuosa y patriótica conducta de Juan Paulding, David Williams é Isaac Van Wart, y en testimonio de ello, ordena que cada uno de ellos reciba anualmente durante su vida doscientos duros en especie, ó su valor en moneda del pais; y asimismo ha tenido á bien disponer que la Junta de guerra mande acuñar para cada uno de los interesados una medalla de plata. En uno de los lados de esta habrá un escudo con la inscripcion FIDELIDAD, y en el otro la siguiente divisa: VINCIT AMOR PATRIE, y cuando estén concluidas se entregarán al comandante en jefe, que debe presentarlas á los agraciados juntamente con una copia de esta resolucion, dándoles gracias en nombre del Congreso por su fidelidad y el eminente servicio que han prestado al pais.»

te en jefe, quien, á su juicio, debia hallarse por el camino de Hartford. Por la tarde llegó de White Plains el Mayor Tallmadge, segundo comandante, y mudo de asombro al oír la noticia, rogó á Jameson con la mayor insistencia que detuviera al prisionero, á lo cual accedió el coronel aunque de mala gana, mas empeñóse en enviar su carta á Arnold, proporcionando así á éste un medio para eludir el castigo que merecia su crimen!

Persuadido André de que los papeles que se le encontraran habian sido enviados á Washington, y conociendo además que seria inútil ocultar por mas tiempo la verdad, escribió una carta con fecha 24 de setiembre dirigida al comandante en jefe, revelando su nombre y su rango y cuidándose menos de su seguridad personal que de probar que no era un impostor ó un espía, trató de refutar todos los cargos que recaian sobre él.

1780. Afirmó pues que su intencion habia sido conferenciar con una persona en terreno neutral, y que sin saberlo se introdujo en las líneas de los americanos.

Entretanto Washington llegó á Fishkill, á diez y ocho millas del cuartel general de Arnold, en la tarde del 24 de setiembre, y quiso continuar su marcha sin detenerse hasta West Point, pero M. De la Luzerne insistió para que pasara allí la noche, y habiéndolo hecho así, púsose en camino con su escolta en la mañana del 25 y envió antes un mensajero para que anunciase que almorzaria con Arnold en Robinson's House. Al llegar Washington casi en frente á West Point y como lanzase su caballo por una vereda, recordóle Lafayette que no debia seguir aquel camino, puesto que Mrs. Arnold los estaba esperando seguramente para almorzar, á lo cual replicó el comandante en jefe sonriéndose:—«¡Ah! ya sé que vosotros los jóvenes estais todos enamorados de la se-